

## La HONDA de DAVID por Sebastián Salazar Bondy

# LA VERDAD BIEN VALE UN SACRIFICIO

Con todos los aspectos negativos que ofrece el proceso pre-electoral en curso (maniobras fraudulentas, dispersión de las fuerzas, desorientación ideológica de buena parte de los partidarios de algunas candidaturas, intervención millonaria a favor de los defensores de la oligarquía y el imperialismo de las grandes empresas, división de los partidos que se proclaman revolucionarios en tres sectores, etc.), cabe señalar uno positivo o, por lo menos, esclarecedor de un punto hasta hoy incógnito. Siete candidatos (separados en dos posiciones esenciales, la derecha y la izquierda, y no, como para confundir se dice, el gobierno y la oposición) representan, en su postulación, un sondeo a la opinión pública que equivaldrá en último término a una encuesta que mediante el sufragio será posible al fin hacer.

En efecto, por primera vez en la historia del Perú contemporáneo, es decir, después de la muerte de Sánchez Cerro (1933), partidos viejos y nuevos, de una y otras posiciones, recibirán el voto que revelará su verdadero volumen electoral. El aprismo —que lleva a Haya de la Torre y a Seoane en la fórmula, presidencial— mostrará su poder, que hasta ahora se conjetura vaga y apasionadamente. Muertos el pradismo y el beltranismo, y alineados sus hombres representativos (Ortiz de Zevallos, Ledgard, Roselló, Chirinos, etc.) en las filas del Apra bajo la advocación de la oligarquía financiera y pro-yanqui, los seguidores del zigzagueante Haya dirán su número. Se juegan, pues, la vida. Lo mismo ocurre con el odriismo: el número de votos que consiga el ex-dictador manifestará hasta qué punto la masa peruana procede emocionalmente, llevada a las tiendas de la derecha sin doctrina por el espejismo de las construcciones fastuosas, el “orden” (de carácter policial) y la demagogia que promete por sistema. Su triunfo o su derrota calificarán el grado de inmadurez de las masas electoras.

En cuanto a Acción Popular, partido de derecha cuyo caudillo finge un programa renovador disolviendo los que debieran ser conceptos y principios en una agua de borrajas meramente oral, el resultado del sufragio nos expresará, sin lugar a dudas, si hizo bien o no en abandonar la posición legítimamente revolucionaria para pactar con elementos conservadores y conformistas, deponiendo la protesta contra el sistema socio-económico explotador para reemplazarla por un simple oposicionismo verboso. No es un misterio que Belaúnde se juega en las próximas elecciones su última carta política. En tanto el Partido Demócrata Cristiano —que navega entre dos aguas, declarándose anti-oligárquico y anti-comunista a todo trapo, pero escamoteando el indispensable pronunciamiento antiimperialista— deberá, de acuerdo a las cifras que le proporcionen los escrutinios, ratificar o rectificar su línea, apartándose más de sus congéneres de otros países de América o, en caso contrario, volviendo a sus fuentes originales, menos reaccionarias que aquellas de las cuales parece emanar su actual pensamiento. Para los democristianos el proceso es también una prueba.

En la izquierda, dos partidos se juegan un gambito difícil y decisivo: el Socialista de Luciano Castillo, que actúa desde hace treinta años sin fruto visible de su acción, en la que ha incluido más de un arreglo con los dictadores, y el Partido Comunista, que también exhibe una trayectoria larga y contradictoria. El monto de las cédulas que en las urnas pongan militantes y simpatizantes de una y otra tendencia, brindará una noción de la efectividad de la táctica y la estrategia de ambos en las últimas tres décadas. No se puede ocultar la trascendencia de esta suerte de “test” sobre la opinión pública en cuanto se refiere a la vieja izquierda.

La nueva izquierda —el Movimiento Social Progresista únicamente, dada la abstención de otros partidos que podrían asimilarse a dicho rubro— registrará el efecto de su campaña de no más de seis años. Campaña, de otra parte, que no ha contado con grandes medios de expresión y que ha sido cercada conforme su línea de radicalización revolucionaria se acendrada y hacia más rotunda. Para el social-progresismo las elecciones son la primera batalla y, por ende, la primera oportunidad de saber cuántos en el Perú han escuchado su mensaje revolucionario.

Salga quien saliere elegido, conoceremos el 10 de junio algunas verdades. Y la verdad, su evidenciación, bien vale un sacrificio.